

## Buscapié

Ruth Merino

Periodista



## TODAS LAS MADRES...

Mi abuela paterna, doña Rosa, tuvo nueve hijos. Según mi padre, el trabajo de la finca y la crianza de sus vástagos la mantuvieron alerta y mandona hasta los 97 años. Mi abuela materna, doña Eduvina, murió a los 33 años después de haber dado a luz a su cuarta hija.

Sé dónde está enterrada doña Rosa, a quien conocí. Pero en casa no se podían hacer preguntas, de manera que nunca supe dónde está la tumba de doña Eduvina. Y tampoco he hallado información sobre las mujeres que las precedieron. Mis bisabuelas, mis tatarabuelas y todas las representantes de generaciones anteriores se pierden en el tiempo.

Mi mamá quedó huérfana de madre a los dos años. Y, como dije, de eso no hablaba. Pero mi segundo nombre es Eduvina. Y eso despertó en mí una gran curiosidad, jamás satisfecha. Una curiosidad, debo admitir, que se extendió hacia mi familia paterna. Si el apellido paterno de doña Rosa era Dañín, ¿significaba eso que se había derivado de Dagnino? ¿Teníamos nosotros un antepasado italiano? Jamás pude contestar la pregunta.

Supe, sin embargo, que mis abuelos maternos, don Francisco y doña Eduvina, eran de la región de la Araucanía, ubicada a 380 millas al sur de Santiago, Chile. Pregunta obvia: ¿teníamos una antepasada indígena? Mi mamá ya había fallecido. Hablé con mi papá. Se encogió de hombros. “¿Cómo va uno a saber de esas cosas?”, me dijo.

Sin records, sin relatos familiares, sin diarios, sin cartas... ¿qué puede en realidad conocerse sobre las generaciones anteriores?

Decidí entonces hacerme un examen de ADN. Así descubrí que tengo un 25 por ciento de sangre indígena. Finalmente pude reconocer la existencia de esa lejana antepasada. Y entiendo ahora que lo único que puede guiarme hacia el pasado está oculto en mis genes.

¿Cómo celebrar este día tan especial? Con alegría y amor... y quizás también recordando historias y compartiéndolas, aunque a veces no tengamos nombres ni sepamos a dónde llevar flores.

## No al patriarcado

La cultura del patriarcado es depredadora. Oprime, reprime y explota. Lo presume todo como propiedad y desechable. Esa visión enmarca tanto el deterioro ambiental como la violencia de género, entre muchos otros problemas graves. Se basa en un sentido de supremacía divisivo y violento.

La cultura del matriarcado, por otro lado, no es jerárquica, sino horizontal. Valora las redes y las relaciones; valora las diferencias y es inclusiva. No se siente amenazada ante la diversidad como el patriarcado, sino que, contrario al patriarcado, promueve las visiones de integración que facilitan la vida y la posibilidad.

El patriarcado tiene una visión “egológica” de su entorno. Sin embargo, el matriarcado tiene una visión ecológica y sabe existir en la complejidad y transversalidad. Los paradigmas del patriarcado y sus expresiones más crudas, violentas y excluyentes no tienen espacio en un futuro sostenible para todas y todos.

Hay muchas zonas grises entre el patriarcado y el matriarcado y no todo es tan blanco y negro como he descrito aquí. El patriarcado puede ser regenerativo y el matriarcado puede adoptar tendencias del patriarcado.

Pero el tema es cómo transformamos nuestras acciones para educar y apoyar todo aquello que busque la sostenibilidad y condenar y denunciar toda forma explotadora: pensamientos, lenguaje y acciones. Es un trabajo de día a día, y todo entorno es importante: desde el familiar

Luis Alberto Ferré Rangel  
En Puerto Rico

Principal Oficial de Innovación Social Grupo Ferré Rangel



hasta el global.

Hacer las promesas realidad es el título de un informe publicado por la Organización de Naciones Unidas en 2018 en el que propone acciones para avanzar en la igualdad de género como meta de desarrollo sostenible.

El informe habla de “cómo hacer las cosas bien”: de forma indivisible, interrelacionada y con enfoque integral. Una de las estrategias claves es priorizar las inversiones, las políticas y los programas sensibles al género para garantizar que las acciones respondan a los principios, valores y aspiraciones de la agenda de desarrollo sostenible.

Otra es fortalecer la rendición de cuentas mediante procesos e instituciones sensibles al género para garantizar un enfoque integrado en su implementación, seguimiento y examen, otorgando un lugar central a la igualdad de género.

Estas estrategias van al corazón de la emergencia que Puerto Rico vive hoy por la violencia machista. Del bienestar de las mujeres y actuar en consecuencia depende que nuestra socie-

dad tenga paz y progreso.

Por décadas, la atención económica y de gobierno midió como progreso el crecimiento económico basado en indicadores que, por un lado, generaban ganancias para unos y, por otro, impedían y destruían el balance de las personas con ellas mismas, con sus familias, con otros y con su entorno.

A nivel cultural, en Puerto Rico todavía hay quienes piensan que las mujeres deben estar relegadas al trabajo doméstico y lo valorizan como menos. Alrededor del 62% de los menores de 18 años formaba parte de familias monoparentales entre 2013 y 2017. El 44% de estas tenía a la madre sola como jefa de familia.

Las mujeres componen más de la mitad de la población y representan alrededor del 45% de la fuerza productiva. Según el *Informe de Desarrollo Humano para Puerto Rico*, presentado en 2016, “los incrementos en la tasa de participación laboral femenina y el empleo reducen la desigualdad y la pobreza”. Se atribuye esto a que los patrones en que las mujeres usan los ingre-

tos tienden a favorecer la alimentación, la educación y la salud de la familia. Ello genera mayores posibilidades de que puedan salir de la pobreza. Cuán distinto puede ser Puerto Rico si se aplica esa perspectiva a la fórmula de desarrollo.

Trabajadoras en el hogar generalmente solas y muchas con otras ocupaciones fuera; madres, a veces solas también y comúnmente a cargo del cuidado de los mayores; es indudable que en vez de prometer las mujeres hacen. Esas experiencias han provisto unas competencias que Puerto Rico necesita aplicar más. Visión sistémica, dirimir diferencias con escucha activa para encontrar soluciones, propiciar el bienestar de todos... Hoy Día de las Madres serán resaladas muchas otras de sus múltiples capacidades.

Con el espacio al que tienen derecho en la mesa de diseño de la recuperación de Puerto Rico y con esos valores como marco, las mujeres tienen mucho que aportar para que la sostenibilidad de la isla tenga bases sólidas.

Para ello, hará falta hacer realidad las promesas de frenar la emergencia de la violencia de género desde todos los frentes, con acciones y con educación. Con determinación, respeto y solidaridad.

En los hogares, comunidades, centros de trabajo, gobierno, judicatura y demás instituciones y sectores, la tarea premiante es hacer valer el derecho de paz, bienestar y a la vida de todas las mujeres y todos nosotros.

“Es indudable que en vez de prometer las mujeres hacen. Esas experiencias han provisto unas competencias que Puerto Rico necesita aplicar más ... las mujeres tienen mucho que aportar para que la sostenibilidad de la isla tenga bases sólidas”



Busca en video o podcast el programa En Puerto Rico con Luis Alberto Ferré Rangel donde hablamos en profundidad con personalidades de la política, el deporte, la música y la filantropía, puertorriqueños de aquí y de allá.